

# La Contradicción

O LA OTRA LOCURA DEL  
DOCTOR MONTARCO

# Permanente

R. Albandoz

Resulta difícil encontrar un movimiento político que no base su praxis en el pensamiento de un hombre (las más de las veces solitario) y no para seguirlo a pies juntillas, sino para adaptarlo, manipularlo, releerlo, renovarlo conforme al acontecer histórico, de modo que el pensador inicial encontraría serias dificultades para reconocerlo como propio. Pero si el pensador resulta ser un contradictorio, un agónico, un liberal (en el mejor y más auténtico sentido de la palabra), entonces es muy probable que no sea una, sino varias las ideas políticas que traten de apropiárselo. Y así cada cual toma lo que de cercano, de asimilable, de "utilizable" pensó el hombre para hacerlo bandera propia, ideario de consignas, bastión de verdades indiscutibles y no contra lo "otro" que también dijo, sino sencillamente ignorándolo, negándolo como Pedro negó a Cristo por la simple inseguridad de lo que se "piensa" de prestado, sin llegar a descubrir que les queda tan incómodo como una chaqueta dos tallas más grande. Y es que se visten la ideología (que no las ideas), como se ponen la corbata o el vaquero, no por sentido propio, no como síntesis de su más íntimo raciocinio; sino por "sentido común", por sentirse integrante de su grupo, por miedo a la marginación. Y acaban por creer que no hay más vestimenta que la de las insignias, y así que alguien se les extravía y no viste de uniforme alguno, no paran hasta hallar en su ropero un indicio, un pantalón usado, una camisa vieja con que tranquilizar su conciencia: "—ya está: don Miguel de Unamuno fue socialista, y si no ahí están sus cartas con Pablo Iglesias, su presencia en las manifestaciones del uno de mayo,..." o "resulta evidente que don Miguel de Unamuno fue fascista, se desprende fácilmente de su retórica esencialista, de su deseo de un nuevo ideal colectivo de destino histórico nacional o de su grito ¡España, una, soberana y Universal!. Retazos, pellizcos, fraselogía; una realidad no es tal fuera de su contexto, al margen de las otras realidades que la configuran; ¿qué valor tiene un pensamiento deshilado en mil y una citas?

La lucha constante consigo mismo, su agonía perpetua, su pensamiento decididamente contradictorio, hacen de Unamuno un hombre difícilmente asimilable en la totalidad de su pensamiento. Para don Miguel, la Verdad no es el justo medio entre los extremos, sino la contradicción permanente de los verdades extremas: yo que me siento existente y el otro yo que duda de la existencia toda: "¿Soñar la muerte no es matar el sueño?/¿Vivir el

sueño no es matar la vida?". Y así hay otros que quieren explicarlo, justificarlo, hacerlo aparecer en escena límpido y radiante según lo que convenga al auditorio, sin darse cuenta de lo imposible de un Unamuno lineal, un Unamuno lógico porque, al fin y al cabo, la lógica no es sino el fundamento de la razón (¿o es la razón el fundamento de la lógica?) y, como él mismo dijo muchas veces: "no hay más justicia que la verdad. Y la verdad puede más que la razón".



¿Cómo entender un ideario político basado en la contradicción, en la duda sistemática? ¿no es acaso la fe un atributo imperdonable de la disciplina de partido? Tener TODA la razón, o al menos tener "una mayoría parlamentaria" de razón, como si la cuantificación en votos de la razón resolviera la infalibilidad de su verdad. ¿Cómo iba a ser posible un Unamunismo?; cada cual "salva" de su obra lo que no se justifica o justifica sus actitudes con un: "como muy bien dijo Unamuno..." y olvida "juiciosamente" todo lo otro que dijo y le contradice. Contradicción, sí, la contradicción impuesta como un método para pensar libremente, sin dejarse atrapar en los sargazos de un lado y otro; ¿no estará acaso la Verdad en la permanente contradicción de tantas verdades singulares?

El 13 de abril de 1926, desde Hendaya, Unamuno escribe a José Bergamín y en un párrafo de su carta dice: "De ahí, de España, no quisiera saber nada y menos de la que los que gritan para no oír, llaman la España grande. Me acojo a la otra,

a mi Españita. A ver si los de la cruzada y el desquite renuncian al intento de guardiacivilizar el Rif, que es incivilizarlo. Y a ver si salimos del honor del verdugo." Y en Octubre de 1936, en una entrevista concedida a Nikos Kazantzakis, Unamuno le confiesa: "En este momento crítico de España, del drama de España, sé que he de estar con los militares. Sólo ellos podrán poner orden. Ellos saben lo que significa la disciplina y cómo imponerla. No me he convertido en un derechista, no haga usted caso de lo que dice

la gente. Yo no he traicionado la causa de la libertad. Pero en esta hora es absolutamente preciso que el orden impere. Sin embargo, un día, quizá pronto, me erguiré de nuevo y volveré a la lucha por la libertad. No soy ni fascista ni bolchevista. ¡Estoy solo! ¡Solo, como Croce en Italia!". ¿Cuánto tardó Unamuno en volver a contradecirse?: apenas una semana; y si no, ahí está su discurso contra Millán Astráin el día 12 de Octubre en la Universidad de Salamanca. Es lógico que para éstos que tardan años en reconocer que tal vez, en una ocasión, es posible, aunque no muy probable desde luego, que no se entendieran o se interpretaran erróneamente sus palabras, estos cambios drásticos de don Miguel no acaben de cuadrar con su mentalidad. Y es que tanta contradicción es locura para los cuerdos. Y loco tal vez don Miguel como don Quijote o como el doctor Montarco de su relato, rotos definitivamente los hilos de la lógica y la razón, acaben sus días gritando: "O todo o nada... o todo o nada... o todo o nada..." ¡Enormes locos!: "No tenga usted cuidado, amigo. No es que yo crea que a estos desgraciados se les rasgue el velo de un mundo superior que nos está vedado; es que creo que dicen cosas que pensamos todos y por pudor o vergüenza no nos atrevemos a expresar. (...) Nosotros no conocemos sino lo que nos hace falta conocer para poder vivir. Pero ¿quién le dice a usted que esa inextinguible ansia de sobrevivir no es revelación de otro mundo que envuelve y sostiene al nuestro, y que, rotas las cadenas de la razón, no son estos delirios los desesperados saltos del espíritu por llegar a ese otro mundo?"(1)

Roberto Albandoz

(1) De "La locura del Doctor Montarco" de Miguel de Unamuno.